

DANIEL MESA GANCEDO

La escritura diarística en Cuba durante el siglo XIX

Podríamos empezar con una afirmación radical: la escritura –y la lectura– de diarios está en el origen de lo que tradicionalmente consideramos literatura hispanoamericana. Un diario, el de Colón –leído y transcrito por Las Casas–, se tiene, a veces, por el texto fundacional de esa tradición. Cuba es uno de los primeros territorios que allí aparece *escrito*: por ese texto sabemos que, creyéndolo el Cipango perseguido, lo venía previendo desde el domingo 21 de octubre de 1492, y que, finalmente, lo *descubriría*, el sábado 27, hacia la puesta del sol. Y que llovía.¹ Colón pone pie en la Isla, al día siguiente, domingo: «[...] Dice el Almirante que nunca tan hermosa cosa vido [...]» (40). Pero, nadie se engañe: este diario –más allá de la confusión y de la admiración que embargan al Almirante– poco tiene de personal (incluso va escrito a menudo en tercera persona) y no puede considerarse, en puridad, el antecedente del tipo de lectura que propongo. Y, sin embargo, aunque no sirvan de patrón, algunos de los rasgos de los diarios colombinos tienen una curiosa pervivencia en los diarios cubanos que aquí me van a ocupar: la compleja transmisión, la eventual censura –autoral u otra–, la recurrencia del viaje como circunstancia de la escritura, el conflicto generado por el presentimiento de un *nuevo mundo* (o la voluntad de crearlo)...

1 «Andubo ocho millas por ora hasta la una del día al Sursudueste, y avrían andado 40 millas, y hasta la noche andarían 28 millas al mesmo camino, y antes de noche vieron tierra. Estuvieron la noche al reparo con mucha lluvia que llovió» (39-40). En lo sucesivo, para todas las citas de los textos se dan las páginas de las ediciones consignadas en la bibliografía final.

La historia de los diarios personales en Cuba es un capítulo de la historia –todavía por escribir– de los diarios hispanoamericanos. Y es un capítulo singularmente importante, porque la propia historia de la Isla encuentra en ese género de escritura algunos de sus episodios fundamentales: es indudable que los insoslayables diarios de Martí y el Che Guevara hacen y dicen esa historia en momentos cruciales y, así, constituyen dos pilares básicos en los cimientos de una cierta imagen de la nación.

De algún modo, podría resultar difícil hablar de la escritura diarística cubana sin dedicarse *solo* a los *Diarios de campaña* de Martí y al conocido como *Diario de Bolivia* del Che: hasta tal punto esos textos parecen ocupar el género por sí solos. Esos dos diarios –fragmentarios, póstumos, leídos, releídos, venerados y también censurados– pudieran presentarse como vía de acceso privilegiado hacia una cierta concepción del «sujeto americano». Y ello sucede en un muy preciso contexto, marcado por la conflictiva historia de la Cuba moderna.

Si se admite semejante punto de partida –apenas hiperbólico–, emerge como semilla del género una conexión clave para comprender dicha escritura en este preciso ámbito cultural: dicho simplemente, en los diarios de Martí y el Che entran en tensa dialéctica la escritura de la intimidad y la de la guerra. Esto puede ser común a muchos diarios de soldados (tan abundantes en México, de 1848 a 1910, o en Europa, de 1914 a 1945). Pero los diarios de Martí y los del Che son, además, crónica y testimonio de sucesos trascendentales en el proceso de formación de una identidad nacional que se pretende –digamos– *transamericana*. A pesar de diferir en su marco de referencia (Cuba/ Bolivia, declinación que marca –en mi lectura– el giro transamericano que señalo), son análogos en un rasgo tal vez controvertido que acenúa ese giro: sus autores, en rigor, no eran cubanos.

Martí nace y muere como español, en una Cuba sometida todavía al poder colonial; el Che, nacido argentino y nacionalizado como cubano –en virtud de una ley hecha a su medida–, renuncia sin embargo a esta condición justo antes de salir de Cuba para retomar su actividad como guerrillero.

Por eso, estos diarios son también huella fechada del derrotero privado de dos hombres singulares, que, aun concientes de su «misión» trascendental, se aferran a la escritura como mecanismo de constitución de la identidad personal, a tal punto que, tanto en un caso como en el otro, esa escritura solo cesa con la muerte. En medio de la guerra, en medio de un proceso de transformación radical del mundo, en el que toda ley anterior ha sido puesta entre paréntesis, en medio de la *epojé* histórica que supone toda revolución, la escritura cotidiana sigue y da cuenta de lo que el sujeto experimenta, y construye, así, un punto de vista que, aun siendo personal, aspira a convertirse justa y explícitamente en histórico.

Por estar relacionados con la fundación de una identidad colectiva que pasa por el sacrificio de sus autores, con frecuencia estos dos diarios se han considerado casi textos sagrados, lo que –desde luego– ha orientado en buena medida su recepción y su comprensión. Pero lo que –modestamente– me gustaría probar aquí es que esos diarios canónicos (casi en todos los sentidos) distan mucho de ser textos aislados en la tradición cubana. No lo son en el conjunto de la escritura de sus autores –que escribieron diarios a lo largo de casi toda su vida adulta– y tampoco lo son en el campo literario cubano. La tradición –aún poco estudiada– es mucho más amplia, y su repaso incluso parcial tal vez pueda revelar hasta qué punto la peculiar conexión entre intimidad y conflicto que caracteriza a estos dos diarios que han dado pie a mi reflexión es una marca del género en su realización cubana.

Si las anotaciones de Colón sobre Cuba son anecdóticas y, como dije, no constituyen nada parecido a un diario personal, el siguiente texto de referencia no puede ser sino virtual. Probablemente ese texto –de haber existido– se hubiera acercaado algo más al género; se trata de la escritura de un precursor de la independencia hispanoamericana: Francisco de Miranda (1750-1816). Pero el caso es que del período que el venezolano pasó en Cuba (1780-1783, con interrupciones), no quedan textos semejantes a sus diarios de viajes por España, los Estados Unidos o Europa, a menudo muy ricos en anotaciones de carácter privado. La mayor parte de sus escritos «cubanos» son inventarios, informes o cartas relacionadas con su labor como agente de la monarquía española.² Sea como fuese, más allá de sus ocasionales referencias a Cuba, de Colón a Miranda se establece el estrecho vínculo de la escritura diarística en su origen con el relato de viajes: el «jornal» (como a veces llama Miranda a su diario) se corresponde con las «jornadas».

Esta condición itinerante será también esencial para los inicios de los diarios cubanos: muchos de los diarios de campaña, que serán los primeros testimonios propiamente adscribibles al género, además de establecer el ya mencionado vínculo entre intimidad y guerra, son diarios de viaje, porque el conflicto exige el desplazamiento.³

Algo semejante ocurre en el primer texto que hay que situar en esta eventual «prehistoria» del diario cubano, el primero –hasta donde conozco– que, desde su título y desde el interior del texto, se adscribe al género. Se trata del famoso *Diario del rancheador Francisco Estévez* (Villaverde, 1982), que

es, también, una obra de singular estatuto textual. Se trata del relato de las andanzas entre 1837 y 1842 del personaje del título, un cazador de esclavos cimarrones. Sin embargo, no es él quien escribe día a día sus «jornadas» por la zona de la Vuelta Abajo (en la parte más occidental de la isla), sino que, de regreso a su casa, una vez al mes, dictaba a su hija un resumen retrospectivo de los hechos, con explícita mención de las fechas (que nunca aparecen en epígrafe exento). La hija de Estévez es, entonces, la primera autora de un texto que la borra, puesto que el «yo», propiamente, no se refiere a ella sino a su padre.⁴ Pero hay más: la versión conocida del diario del rancheador no es la transcrita por la hija de Estévez, sino la que el célebre novelista Cirilo Villaverde compuso, en un larguísimo proceso de más de cuarenta años, sobre ese original, el cual obraba en poder de su propio padre, un hacendado de la zona, propietario de esclavos.⁵

(Heredia, 2005), pero eso abriría el género hacia otras consideraciones. Lo mismo ocurre con las cartas amorosas de Gertrudis Gómez de Avellaneda (2000), que algún editor moderno calificó como «diario». En uno y otro caso, no hay una voluntad de escritura «privada», sino siempre la previsión de un lector ajeno.

4 Esa complejidad enunciativa vincula este diario no solo con el ya mencionado diario colombino (en tercera persona, transcrito por Bartolomé de Las Casas), sino con otras relaciones coloniales más tardías, en las que a menudo el informante no era el autor del texto: *La Florida del Inca*, por ejemplo.

5 Villaverde declara haber hecho ya una primera copia en 1842, que con toda probabilidad comportaría alteraciones, pero tampoco es esa la versión final, sino una iniciada hacia 1884, con intención de editarla, para lo cual se sirvió también de otros textos que cita. Al parecer, hubo transcripciones fragmentarias del original también por manos distintas de las de Villaverde. Sin embargo, por proyecto se frustró y el texto no se publicó hasta 1973.

2 Ver <<http://www.franciscodemiranda.org/colombeia>>.

3 Tal vez conviniera recordar el «caso» de las cartas-diario de José María Heredia por los Estados Unidos en 1824

El relato de Estévez, por otra parte, tiene muy poco de personal: monótona sucesión de tres acciones (perseguir, disparar, matar), se dirige expresamente a los «señores» de la Junta de Fomento, con una función casi «comercial» o «contable»: Estévez deja constancia de su «productividad» como cazador de esclavos, para que le paguen lo que merece (98-99, 120, 127). A veces, no obstante, se permite observaciones de carácter ideológico que ya inscriben su propia subjetividad, como cuando declara su convicción de que el objetivo de su tarea ha de ser el «exterminio total» de los cimarrones, para lo cual reivindica la necesidad de una alucinante «partida perpetua» (89, 92, 115, 118). En unas pocas ocasiones inscribe sentimientos más íntimos, como es la clara conciencia de que su trabajo le reporta enemigos o el deseo final de dimitir por considerarse ya incapacitado para la tarea (107, 136). El paisaje –protagonista en cualquier diario de viaje– en este caso solo le interesa como obstáculo para la persecución (29 y ss.) y las relaciones humanas apenas se reflejan en los conflictos que generan las delaciones o las peleas (62, 71).

Este primer diario confirma que el género nace en Cuba con un conflictivo estatuto textual –¿quién, en realidad, habla, a quién se dirige, por qué lo hace?– y como parte de un discurso no menos conflictivo: el debate abolicionista que ocupa buena parte de la segunda mitad del siglo XIX.⁶ Pero también este diario es una escritura de guerra: el «ran-

cheador» es –así lo admite– un exterminador de «rebeldes», cuyo relato, coherente con la convicción de vivir en una «partida perpetua» contra los cimarrones, está plagado de escenas violentas.

Los primeros diarios cubanos que podrían considerarse verdaderamente personales surgen ligados al proceso de independencia, a partir de 1868. En ellos, el nexo entre discurso privado y conflicto político-bélico en aras de la construcción de una identidad nacional es ya evidentiísimo. Los textos que conocemos son todos obra de autores que se singularizaron en esas reivindicaciones independentistas y tienen un extraordinario valor testimonial.

Por sus fechas, el primero que hay que mencionar es el conocido como «diario de la emigración», del «patricio bayamés» Francisco Vicente Aguilera (1821-1877), corresponsal y amigo de otro importantísimo diarista: el puertorriqueño Eugenio María de Hostos. El texto abarca el período de exilio del autor en los Estados Unidos entre el 17/7/1871 y su muerte el 27/2/1877,⁷ y comienza como un diario de viaje retrospectivo, pero a partir del 16/11/1871 la enunciación cambia al presente bajo el título «Memorandum que empieza hoy». A partir de ese momento se encuentran detalladas anotaciones sobre conversaciones con otros independentistas

6 En ese debate se incluyen en el mismo período algunos textos de viajeras norteamericanas (citados por Valdés, 2004): Matilda Charlotte Fraser Houston: *Texas and the Gulf of Mexico; or Yachting the New World* (1844); *The Journal of Rachel Wilson Moore* (1867) o Eliza McHatton-Ripley: *From Flag to Flag. A Woman's Adventures and Experiences in the South During the War, in Mexico, and in Cuba* (1889).

7 Aunque el autor se refirió al texto como «memorias», se trata de doce cuadernos de anotaciones. Se publicó recientemente (Aguilera, 2008, todas las citas subsiguientes son de esta edición) al lado de sus cartas, y los editores han destacado la importancia documental del conjunto, escrito, según ellos, *ex profeso* para rendir cuentas de su acción en ese momento trascendental: «No conocemos hasta hoy en la historia de Cuba otro documento que posea, como este Diario, tantos detalles, transcripciones literales de conversaciones, encuentros, descripciones de reacciones de distintas personas y situaciones, valoraciones personales de lo que está viviendo y lo que está ocurriendo alrededor de todos y con todos» (18).

en Nueva York y cuestiones de organización del movimiento de exiliados. En realidad, tampoco son abundantes las anotaciones personales y casi siempre se refieren a la salud.⁸ El autor escribe casi todos los días, incluso cuando no pasa nada («Junio 26 [1872]. Sin novedad»; II: 93), pero es muy consciente de que lo que anota es *información* que puede tener valor en el futuro.⁹ Se aproxima, por ello, al tipo de diario-acta, al que se puede recurrir para dar fe de determinadas decisiones.¹⁰ Desde luego, no puede obviarse que muy probablemente esta condición documental de los diarios es la que ha propiciado en muchas ocasiones su conservación y su eventual publicación, lo cual puede distorsionar un tanto la imagen que nos hacemos del *corpus*. En el caso de Cuba, por lo relativamente breve y convulso de su historia nacional a lo largo de más de un siglo, el testimonio de parte es muy importante en los diarios y ello ha influido en su transmisión.

Más que al diario de Aguilera, esta circunstancia afecta a otro texto casi estrictamente contemporáneo, pero mucho más importante: el de Carlos Manuel de Céspedes (1819-1874), otro «patricio bayamés» que sería el primer presidente de la «República en armas» (1869) y primero de los diaristas conocidos cuya escritura cesó con la muerte violenta, como en los casos de Martí y el Che. A

8 «Marzo 6 [1872]. Hoy he amanecido con la calentura que he tenido toda la noche. El Dr. Cisneros me ha recetado unos papelillos sudoríficos y un vomitivo para mañana» (147).

9 Así, tras una noticia sobre el (ingente) patrimonio de un emigrante que no quiere contribuir a la causa, anota: «Apuntes para la historia» (24/5/1872; II: 34).

10 «[...] no solamente Ramón y yo nos acordábamos del referido plazo, sino que así lo tenía escrito en mi diario o libro de memorias, y con respecto al tercero y cuarto [temas] también se lo podría enseñar en el mismo libro [...]» (14/5/1872; II: 14).

pesar de lo relativamente breve del período abarcado por el diario (de julio de 1872 a febrero de 1874, en dos etapas que suman trece meses), el texto resulta relativamente extenso, lo que da cuenta de una escritura sostenida, aun en circunstancias difíciles.¹¹ Formalmente, es el primer texto de la serie que se presenta inequívoca e íntegramente como un diario: se nombra como tal y se escribe al hilo de los días, en presente y en primera persona, en entradas breves y con numerosas abreviaturas. Es también el primer diario estrictamente «de guerra»: relato de expediciones y de vida de campamento, y apuntes noticiosos sobre las circunstancias políticas en España o en el Caribe. Pero, además, las notas personales tienen ya un cierto peso en la escritura: se consignan afecciones físicas, sueños, recuerdos de

11 Los dos conjuntos fueron publicados por separado: el primero de 24/7/1872 a 1/1/1873 (publicado en 1964 como complemento al epistolario con su esposa Ana de Quesada); y el segundo, conocido como el «diario perdido», que abarca de 25/7/1873 a la víspera de su muerte el 27/2/1874 (publicado en 1992). Es necesario considerar la minuciosa descripción que han dado los editores (especialmente los del «diario perdido» en 1994) y algunos otros estudiosos como Fernando Portuondo del Prado y Hortensia Pichardo Viñals (Céspedes, 1982: 12-15): «De este diario sólo se conoce un pequeño fragmento que fue donado al Archivo nacional por la nieta del héroe, Alba de Céspedes. [...] Pero aún esta parte del diario no está completa; le faltan las páginas correspondientes del viernes 6 al sábado 14 del mes de diciembre de 1872. De estas páginas desglosadas se conocen unos párrafos del día 13 que Céspedes reprodujo en una carta dirigida a Anita el 26 de diciembre de ese año. [...] Por una carta de Céspedes a Anita, comenzada en el mes de enero de 1872, se sabe que Céspedes tenía escrito y pensaba enviarle una libreta del diario que comprendía hasta “el día último de diciembre del año próximo pasado” es decir, que dicha libreta comprendía todo o parte del año 1871, el año crítico de la revolución» (13).

familia o aun más privados (como alguna antigua amante):

Lunes 2 [2/1874]. [...] No puedo menos q. traer hoy á C... fuerteme. a mi memoria. Me temo q. se halle enferma y pobre, viendo padecer necesidades á sus hijos. Cuando pienso en q. de tantas personas interesadas en denigrar su conducta, ninguna me da de ella malos informes, creo q. se comporta bien y no da lugar á ellos, á pesar de sus cortos años y mas cortos alcances. Si es asi, Dios la premie y me perdone á mi el haber corrompido un corazon de q. pudo haber brotado una buena esposa y una buena madre. En reparacion y sin embargo de q. la amo tanto, juro q. en adelante la respetaré como á una hermana y me esforzaré en labrar su dicha y la de sus inocentes hijitos. [...] [Céspedes, 1994: 269].

Tampoco rehúye la deriva lírica que a veces parece recordar los maravillados apuntes de Colón (y quizá sus mismas confusiones):

Miercoles 9 [10/1872]. Hasta ahora no habiamos oido ruseñores en este campamto. po. hoy desde muy temprano una bandada de ellos se presentó casi encima de ntros. ranchos y empezó con sus cantos á llenar de armonias el espacio. Como es la vispera del inolvidable aniversario de ntro. glorioso alzamto. esta galanteria de los ruseñores de Cuba se recibió con espresivas muestras de alborozo y á guisa de los antiguos romanos, se interpretó como un feliz presajio [Céspedes, 1994: 238].

También deja constancia de sus lecturas e incluso llega a informar de la existencia de otros diarios que circulaban más o menos públicamente, lo que

corroborla la sospecha de que la verdadera imagen de esta escritura está aún lejos de ser perfilada:¹²

Sábado 5 [10/1872]. He leído un «diario» del «Marques de Sta. Lucia» en q. con un estilo sumam. chabacano, me pone á mi de ambicioso, al G. Diaz de gloton, al G. Gomez de libertino, al G. Garcia Iñiguez de torpe cobarde, al Representante Peña de infame egoista, al Corl. J.A. Maceo de insubordinado, et sic de coeteris: solo él es valiente, sufrido y patriota. Lástima de modestia! [...] [Céspedes, 1994: 237].

El conflicto se da, pues, incluso en el círculo de los ideológicamente afines y, por eso, la escritura se convierte en refugio de lo más íntimo, espacio para los temores, y también defensa de la verdad personal:

Martes 10 [sic, por 4] [11/1873] [...] Veo en el Gbño á un imbécil mal intencionado, dirigido pr. dos bandidos... en fin, no puedo ahora escribir con claridad. Mañana presentaré mi protesta y me someteré á mi destino. [...] Este «Diario» es el mejor mentis. Por mi no se derramará sangre en Cuba [Céspedes, 1994: 152].

Podría decirse que el diario de Céspedes es el primero que da la medida del nexo entre lo personal y lo nacional en la historia de la literatura cubana. Algunos lectores modernos no han vacilado en

12 Entre los textos que enriquecerán esa imagen hay que contar seguramente con el diario íntimo de la pedagoga y feminista María Luisa Dolz y Arango (1854-1928), cuarenta y una libretas depositadas en 1954 en la Biblioteca Nacional «José Martí» por Juan Manuel Planas y Sainz [ver <http://www.cubaliteraria.com/guaican/cronicas/planas_2.html#4>].

conferirle literalmente aquella condición de «texto sagrado» que también se otorgará a los de Martí y el Che,¹³ y sus editores advirtieron explícitamente:

estos papeles [...] sólo podrán ser interpretados por aquellos que apasionadamente estén ya iniciados en los estudios cubanos, y que conociendo la historia patria encuentren en la de sus grandes hombres, los aportes que ellos hicieron a la forja de la nacionalidad [Céspedes, 1994: 4].

Estas palabras son buen ejemplo de cómo el género diarístico en Cuba se ha configurado—a partir de un determinado momento— casi como un conjunto de textos «revelados» con una orientación teleológica hacia la independencia. Y, sin embargo, como demuestra el diario de Céspedes, esa orientación no era *fatal* para sus propios autores.

Después de ese texto en buena medida inaugural, será el *Diario de campaña* de Máximo Gómez (1836-1905) el que venga a confirmar el género así configurado. El dominicano Gómez funge como nexo de unión entre las dos guerras de independencia (la de los diez años, 1868-1878, y la definitiva, 1895-1898): estuvo al lado de Céspedes y estará al lado de Martí. Su diario une, virtualmente, los diarios de ambos. Gómez, como Céspedes, es consciente de la utilidad práctica de esa escritura, pero resulta difícil cotejar los dos diarios para componer una imagen más completa de los años de la primera guerra, por el breve período que recubren los de Céspedes y por la ausencia casi total de menciones recíprocas. En cambio, la lectura paralela de los diarios de Gómez y Martí, a pesar de la brevedad de los de este último, es bastante fructífera y muy iluminadora de la relación entre los dos líderes de la libe-

ración definitiva de la Isla del poder español. Es importante saber, además, que la primera publicación del diario de José Martí en 1941 se incluyó en la primera edición completa del diario de Gómez.¹⁴

El inicio de este último diario, tal como se conoce, se presenta como una narración retrospectiva en primera persona, con indicación de fechas al hilo del relato. Luego, poco a poco, el pasado va cediendo al presente para centrarse en el relato de campañas de la primera guerra y consignar, muy escuetamente, algunos sucesos de tipo personal (nacimiento y muerte de hijos, por ejemplo) o lamentarse de la indisciplina y la falta de solidaridad de los cubanos (septiembre de 1876), que dificultan la buena marcha de la revolución. Si el 15/11/1876 ya expresa su pesimismo («No es posible que esto y mucho más que como consecuencia ha de venir, dé buenos resultados para la pobre Cuba - jamás estará mi amor hacia ella expuesto a más duras pruebas que en estos momentos»; Gómez, 1941: 111), a partir de 1878 el sentimiento que predomina es el de derrota, incompreensión y soledad. El 11 de marzo de ese año escribe: «Mi situación es tristísima, no cuento aquí con ningún amigo y antes por el contrario, la inmigración cubana residente me

13 Abel Prieto (en Céspedes, 1994: IX).

14 La versión conocida del diario de Gómez al que no falta «ni una sola hoja» (según sus editores, en Gómez, 1941: XVI) abarca de 1868 a 1899. El propio autor da a su texto esa denominación y la completa hacia el final de sus días como «Diario de Campaña» cuando en 1905 publicó un extracto, con motivo de la erección de un monumento a Martí (en Gómez, 1941: XI). La justificación de los editores vuelve a dar el tono de la lectura que hasta el momento viene haciéndose de estos textos: «marchaban los dos grandes hombres unidos en una misma comunión espiritual, confundidos los poderes energéticos de sus voluntades en una misma acción sobrehumana; el torrente de luz apostólica deslumbra y se unifica con los destellos de la espada redentora» (en Gómez, 1941: XVIII).

acusa de que yo soy el causante del convenio del Zanjón [...]» [Gómez, 1941: 142].

Tras la derrota, Gómez se dedica al trabajo en el campo y a escribir por la noche, aunque no tiene «ni aún para el papel» (abril-mayo, 1878). En 1885, sintiendo las cargas familiares y el abandono de los cubanos,¹⁵ regresa desde los Estados Unidos a Cuba para organizar una nueva rebelión, con indudable espíritu romántico,¹⁶ que le llevará a viajar por Panamá, Jamaica o Perú. Deja constancia documental de sus contactos preparatorios y de los conflictos derivados de ellos y, en alguna ocasión, incluso anota, de pasada, que prevé lectores para su diario [dic.

15 Tras haber perdido a otro hijo, aún se queja en enero: «Con mi mujer y cinco niños –y rodeado de enemigos españoles y americanos, los cubanos me abandonan en la empresa y se alejan de mí como de un leproso. Sólo me quedan unos pocos.– Los viejos soldados de la guerra de los 10 años» (Gómez, 1941: 188).

16 Desde el barco que lo lleva escribe una especie de oda en prosa a sus dos patrias: «Días 8, 9, 10 y 11 [abril 1885] – a las 4 de la tarde hemos dado vista a las 2 Antillas; Santo Domingo i Cuba, los dos pedazos de tierra de mis ensueños. En la primera dejé mi cuna i quién sabe si en la segunda tendré mi sepultura. –En la primera recibí el primer beso del amor más puro. –En la segunda, recibí el último. –Allí enterré a mi madre. ¡Oh Patria mía! 20 años hace que te dejé i no había podido mirarte ni una sola vez –errante i proscripto no he pasado hasta ahora junto a ti. –No me culpes de ingrato, aún no era bastante hombre cuando mi destino me empujó hacia otras playas –i por eso quizás no supe resistir a esta tentación. –Después has vivido siempre en mi corazón, con todos tus recuerdos. Estos jamás se borran, no, no me creas ingrato Patria mía –por eso no quiero tierra adorada pisar otra vez tus playas, no quiero que nuevamente las puras brisas de tus campos refresquen el calor de mi frente, no; caiga sobre mí la luz purísima de tu cielo sin nubes, mientras no lleve un nombre digno de ti. –Entonces iré amada Patria mía, i orgullosa podrás perdonarme; yo humilde seré feliz. Y tú, oh Cuba infeliz –tierra donde tanto he sufrido i he llorado– tú

1887] («Los que sepan, al leer estos apuntes [...]»; Gómez, 1941: 232). Poco a poco, las entradas desgranaban un propósito autojustificativo, en el que el yo privado se entrevera con el público. En agosto de 1888, en Haití, escribe, por ejemplo, lo que llama un «plan de vida»:

[...] me he trazado este plan de vida –procurar hacer todo el bien que pueda, no aflojarme por ninguna desgracia, no ambicionar el dinero como única causa del bien social y privado –puesto que nunca he podido comprarme con él los mejores goces de que yo he disfrutado, sino cuando lo he puesto en manos que piden pan y no han podido alcanzarlo, después me hubiera sido posible pasar sin dinero muchos días, como lo pasan multitud de gentes, puesto que son más los pobres que los ricos. No despeñarme en pos de un nombre ni una Gloria soñada que no esté en relación y al alcance de mis aptitudes intelectuales y personales –y tener mucha cuenta con esto pues, al estado de progreso y civilización a que han llegado ya las modernas sociedades, no es muy fácil que hombres rústicos, por más que hagan, puedan elevarse mucho por encima del nivel de las muchedumbres [Gómez, 1941: 242-243].

En ese sentido, tal vez, como he dicho, la lectura paralela del diario de Gómez y el de Martí da bue-

que guardas los restos sagrados de la mujer que más amó y amé– mi destino se encuentra ligado a tu destino por un lazo de honor i de amor. –Yo lidiaré por tu redención hasta triunfar o morir, para que mis restos queden también en la misma tierra que guarda los de mi madre, i sobre el polvo que nos cubra sea plantada la enseña de los libres; del amor y la libertad, tal cual es donde tú, oh madre, nunca olvidaré, me diste el primer beso» (Gómez, 1941: 191).

na medida de la condición «transpersonal» de esta escritura en tan especiales circunstancias. La primera mención de Martí en el diario de Gómez no es, precisamente, alentadora respecto de un eventual entendimiento. Data de octubre de 1884, en Nueva York: «Agregaré a esto que no falta alguien, como José Martí, que le tenga miedo a la dictadura, i que cuando más dispuesto lo creía se retiró de mi lado furioso según carta suya insultante, que conservo [...]» (Gómez, 1941: 183). Tres años y medio después, la opinión va cambiando: el 1 de febrero de 1888, ya considera al «cabeza de los cubanos de New York» como un «hombre de talento y de algún prestigio» (Gómez, 1941: 238), y sus opiniones lo hacen reflexionar sobre la orientación puramente militar del proyecto independentista. Desde lejos, va siguiendo el proceso de consolidación del movimiento independentista en los Estados Unidos, en torno a la iniciativa de Martí, hasta que en septiembre de 1892 ambos mantienen una entrevista, en la que Gómez le ofrece su «concurso» y se pone al servicio de «la Revolución, con el mismo desprendimiento, desinterés personal y lealtad con que la serví en el 68». En ese momento, Martí ya le parece «hombre inteligente y perseverante, defensor de la libertad de su Patria» (Gómez, 1941: 273) a pesar de los desencuentros anteriores.¹⁷

17 Gómez se preocupa de anotar (conciente una vez más del valor documental de sus apuntes) que aquellos antecedentes no habían de enturbiar el proyecto común: «Muchos cubanos prominentes de nuestro Partido, con aparente razón, temían que ahora, guardando yo algún resentimiento de Martí, por su conducta pasada, negase a la Revolución que él trata de resucitar mi apoyo moral y todos mis servicios. No debe ser así, pues Martí viene a nombre de Cuba [...]. Yo, sin tener que hacer el menor esfuerzo, sin tener que ahogar en mi corazón el menor sentimiento de queja contra Martí, me he sentido decididamente inclinado a ponerme a su

A partir de esa entrevista, Gómez reconoce que ya no puede pensar en otra cosa que no sea la revolución, y seguirá anotando los encuentros preparatorios con Martí (en junio y octubre de 1893), que no hacen sino incrementar su confianza:

[oct. 1893] José Martí, como delegado, continúa los trabajos preparatorios con tino y actividad que nada dejan que desear. Por eso es conveniente dejarlo en completa libertad de acción, pues así también es más segura la reserva y el sigilo [Gómez, 1941: 275-276].

Desde el momento en que parte de Haití la expedición hacia Cuba, el 10 de abril de 1895, es posible leer ya en paralelo los diarios de los dos líderes de la revolución de independencia. La coincidencia abarca poco más de un mes, hasta la muerte de Martí el 19 de mayo, pero el cotejo detallado sería un ejercicio interesante para el que no hay lugar ahora, por lo que me limitaré a unos pocos ejemplos.

En cuanto ponen pie en Cuba, el 14/4/1895, Gómez como «viejo guerrero» se admira «de la resistencia de Martí», a quien no tenía, ciertamente, por uno de los suyos: «nos acompaña sin flojeras de ninguna especie por estas escarpadísimas montañas». Sus palabras corroboran el sentimiento exultante que el poeta Martí había expresado en su propio diario esa misma jornada:

Día mambí .-Salimos a las 5. A la cintura cruzamos el río, y recruzamos por él: bagas altos a la orilla. Luego, a zapato nuevo, bien cargado, la altísima loma, de yaya de hoja fina, majagua de Cuba, y cupey, de pina estrellada.

lado y acompañarlo en la empresa que acomete» (Gómez, 1941: 273-274).

[...] Loma arriba. Subir lomas hermana hombres. [...] Gómez con el machete corta y trae hojas, para él y para mí. [...] Y en todo el día, ¡qué luz, qué aire, qué lleno el pecho, qué ligero el cuerpo angustiado!

Las diferencias de estilo se hacen evidentes ya, a pesar de que las condiciones de escritura a menudo eran idénticas, pues Martí nos informa: «Gómez escribe junto a mí, en su hamaca» (27/4). Poco a poco, el cotejo de los dos diarios revela que, si bien ambos son hombres de acción, Martí da mucha más importancia a la escritura, hasta parecer, quizá falsamente, en ocasiones, el secretario de Gómez, sobre todo en ocasiones comprometidas. El 4/5/1895, por ejemplo, este anota escuetamente: «Antes de marchar se formó Consejo de Guerra para juzgar al bandido Masabó que fue ejecutado». Martí, por el contrario, detalla:

Poco después, el consejo de guerra de Masabó. Violó y robó. Rafael preside, y Mariano acusa. Masabó, sombrío, niega: rostro brutal. Su defensor invoca nuestra llegada, y pide merced. A muerte. Cuando leían la sentencia, al fondo del gentío un hombre pela una caña. Gómez arenga: «Este hombre no es nuestro compañero: es un vil gusano». Masabó, que no se ha sentado, alza con odio los ojos hacia él. Las fuerzas, en gran silencio, oyen y aplauden: «¡Que viva!». Y mientras ordenan la marcha, en pie queda Masabó, sin que se le caigan los ojos, ni en la caja del cuerpo se vea miedo: los pantalones, anchos y ligeros, le vuelan sin cesar, como a un viento rápido. Al fin van, la caballería, el reo, la fuerza entera, a un bajo cercano; al sol. Grave momento, el de la fuerza callada, apiñada. Suenan los tiros, y otro más, y otro de remate. Masabó ha

muerto valiente. «¿Cómo me pongo, Coronel? ¿De frente o de espalda?». «De frente». En la pelea era bravo.¹⁸

18 Cuatro días después, el 8/5, Gómez consigna una nueva ejecución, en dos líneas («Consejo de Guerra para juzgar a tres bandoleros, que fueron sentenciados a muerte, ejecutándose solamente uno en la tarde del mismo día»), mientras que Martí aún se explaya más, con cierto regodeo narrativo: «En la mesa, sin rumbo, funge el consejo de guerra de Isidro Tejera, y Onofre y José de la O. Rodríguez: los pacíficos dieron parte del terror en que pusieron al vecindario: [...] El consejo, enderezado de la confusión, los sentencia a muerte. Vamos al rancho nuevo, de alas bajas, sin paredes.-José Gutiérrez, el corneta afable que se lleva Paquito, toca a formación. Al silencio de las filas traen los reos; y lee Ramón Garriga la sentencia, y el perdón. Habla Gómez de la necesidad de la honra en las banderas: «ese criminal ha manchado nuestra bandera». Isidro, que venía llorando, pide licencia de hablar: habla gimiendo, y sin idea, que muere sin culpa, que no le dejarán morir, que es imposible que tantos hermanos no le pidan el perdón. Tocan marcha. Nadie habla. Él gime, se retuerce en la cuerda, no quiere andar. Tocan marcha otra vez, y las filas siguen, de dos en fondo. Con el reo implora Chacón y entre rifles, empujándolos. Detrás, solo, sin sus polainas, saco azul y sombrero pequeño, Gómez.-Otros atrás, pocos, y Moncada,-que no ve al reo, ya en el lugar de muerte, llamando desolado, sacándose el reloj, que Chacón le arrebató, y tira en la yerba... manda Gómez, con el rostro demudado, y empuña su revólver, a pocos pasos del reo. Lo arrodillan, al hombre, espantado, que aún, en aquella rapidez, tiene tiempo, sombrero en mano, para volver la cara dos o tres veces. A dos varas de él, los rifles bajos, «¡Apunten!», dice Gómez: «¡Fuego!». Y cae sobre la yerba muerto.-De los dos perdonados,-cuyo perdón aconsejé y obtuve,-uno, ligeramente cambiando de color pardo, no muestra espanto, sino sudor frío: otro, en sus cuerdas por los codos, está como si aún se hiciese atrás, como si huyese el cuerpo, ido de un lado lo mismo que el rostro, que se le chupó y desencajó.-Él, cuando les leyeron la sentencia, en el viento y las nubes de la tarde, sentados los

Habrán otros lugares en que la variación sobre el mismo suceso sea más proporcionada,¹⁹ pero conviene pasar ya a la última anotación de fecha co-

tres por tierra, con el pie en el cepo de varas, se apretaba con la mano las sienes. El otro, Onofre, oía como sin entender, y volvía la cabeza a los ruidos. «El Brujito», el muerto, mientras esperaba el fallo, escarbaba, doblado, la tierra, o alzaba de repente el rostro negro, de ojos pequeños y nariz hundida de puente ancho. El cepo fue hecho al vuelo: una vara recia en tierra, otra más fina al lado, atada por arriba, y clavada abajo de modo que deje paso estrecho al pie preso. «El Brujito», decían luego, era bandido de antes: «puede usted jurar, decía Moncada, que deja su entierro de catorce mil pesos».

- 19 El 9/5 Gómez se encuentra con unos antiguos conocidos de la guerra del 68, y anota: «Marchamos con destino a Altagracia donde llegamos en la tarde de ese mismo día; casa de mi antiguo Manuel Venero. ¡Cuántos recuerdos se avivaron en mi mente en la noche de este día! Sobre todo el de Panchita, la hija más querida de esta familia y distinguida amiga mía; asesinada vilmente por los españoles en la guerra del 68 por un tal Federicón; una fiera con nombre de hombre. Este hombre cruel que hace prisionera a la familia, y por sospechar solamente que Panchita, la que se negó a satisfacer sus brutales deseos, lo hacía porque me amaba; aquel español execrable la hace pedazos a machetazos junto con su hermanito José María, niño de 11 años. La deuda que España ha contraído con Cuba es tremenda, pues como éste hay miles de episodios infames y sangrientos, que registrará su guerra de independencia. De ahí la Revolución, la Guerra». Martí relata el mismo suceso, desde su punto de vista: «[...] Aún está en Altagracia Manuel Venero, tronco de patriotas, cuya hermosa hija Panchita murió, de no querer ceder, al machete del asturiano Federicón. Con los Venero era muy íntimo Gómez, que de Manuel osado hizo un temido jefe de guerrilla, y por Panchita sentía viva amistad, que la opinión llamaba amores. El asturiano se llevó la casa un día y en la marcha iba dejando a Panchita atrás, y solicitándola y resistiendo ella. —“¿Tú no quieres porque eres la querida de Gómez?”. Se irguió ella, y él la acabó, con su propia mano».

mún, casi la víspera de la muerte de Martí, el 17/5. Nada parece extraordinario. Gómez apunta: «Me muevo con 30 hombres (dejo a Martí en el campamento) sobre el camino real de la Isla, para ver si puedo atacar con ventajas, un convoy que pasará». Y Martí: «Gómez sale, con los 40 caballos, a molestar el convoy de Bayamo. Me quedo, escribiendo con Garriga y Fera [...]. Lo demás ya es muy conocido, pero el primer relato llegó de la pluma de Gómez, quien el 19/5 escribe:

[...] Pasamos un rato de verdadero entusiasmo. Se arengó a la tropa y Martí habló con verdadero ardor y espíritu guerrero; ignorando que el enemigo venía marchando por mi rastro y que la desgracia prepara a nosotros y para Martí, la más grande desgracia. [...] Jamás me he visto en lance más comprometido [...] Martí, que no se puso a mi lado, cayó herido o muerto en lugar donde no se pudo recoger y quedó en poder del enemigo. Cuando supe eso, avancé sólo hasta donde pudiera verlo. Esta pérdida sensible del amigo, del compañero y del patriota; la flojera y poco brío de la gente, todo eso abrumó mi espíritu a tal término, que dejando algunos tiradores sobre un enemigo que ya de seguro no podía derrotar, me retiré con el alma entristecida. [...] Ya nos falta el mejor de los compañeros y el alma podemos decir del levantamiento!...

Gómez continúa insistiendo en que él hizo todo lo que estuvo en su mano para que Martí no se pusiera en riesgo y, posteriormente, para saber de cierto el destino de Martí y aunque al principio cree que solo está «herido y bien atendido» (20/5), poco después recibe la confirmación de que «Martí es muerto y que separada su cabeza, la reservan; y el cuerpo enterrado en el cementerio de aquel poblado» (21/5).

Martí no pudo escribir el final de la guerra y su resultado, pero Gómez sí y deja constancia inmediata, con cierta reserva:

En este mismo punto, el 19 [8/1898], recibimos la grata noticia de la confirmación de la paz entre España y los Estados Unidos; y el reconocimiento de la independencia de Cuba.

[...]

Se ha firmado la paz, es cierto, pero también lo es que fue una lástima que los hombres del Norte, largo tiempo indiferentes contemplaran el asesinato de un pueblo noble, heroico y rico. Por fin Cuba es libre y toca a la Historia juzgarnos a todos.

Sus temores de una independencia precaria, lamentablemente, se le confirman pronto, y aún tendrá tiempo de asentar en su diario, en su última anotación (8/1/1899) una de las primeras denuncias de la situación neocolonial:

Los americanos están cobrando demasiado caro, con la ocupación militar del País, su espontánea intervención, en la guerra que con España hemos sostenido por la Libertad y la Independencia. Nadie se explica la ocupación. Así como todo espíritu levantado, generoso y humano –se explicaba y aun deseaba la intervención.

[...]

Tristes se han ido ellos [los españoles] y tristes hemos quedado nosotros, porque un poder extranjero los ha sustituido.

El diario de Gómez es, ciertamente, de una importancia extraordinaria, como documento, pero también como testimonio de las contradicciones del proceso de independencia y de sus resultados.

La que se ha denominado «literatura de campaña» ha dejado otros documentos que se presentan como diarios,²⁰ pero sin duda los más importantes y conocidos de ese *corpus* son los llamados «diarios de campaña» de José Martí, a los que ya me he referido en relación con los de Gómez. A pesar de su brevedad, como es sabido, suelen segmentarse en dos partes: 1) *De Montecristi a Cabo Haitiano. Apuntes de viaje (14-2-1895 a 8-4-1895)*; y 2) *De Cabo Haitiano a Dos*

20 El término de «literatura de campaña» lo puso en circulación Ambrosio Fornet en 1965, como título de una serie integrada en la Colección Cocuyo de Arte y Literatura, para la Editorial Nacional de Cuba. Entre los textos más interesantes podrían mencionarse: Bernabé Boza (1858-1908): *Mi diario de la guerra: desde Baïre hasta la intervención americana* (1895-1896, publicado en 1900); el anónimo *Diario de campaña de un estudiante mambí* (1895-1898, publ. 1945); Luis Rodolfo Miranda (1878-1952): *Diario de campaña* (1895, publ. 1954); Eduardo Rosell y Malpica (1870-1897): *Diario del teniente Coronel Eduardo Rosell y Malpica* (1895-1897, publ. 1949); Fermín Valdés Domínguez (1852-1910): *Diario de soldado* (1895-1898, publ. 1972). Los supuestos diarios de campaña de Antonio Maceo no están escritos por él, sino por un español que fue oficial-secretario a su cargo, José Miró Argenter, que relata las campañas en plural y siempre se refiere a Maceo en tercera persona. El diario del «mambí ruso» Piotr Platonovich Streltsov es un relato retrospectivo de la campaña, que se publicó en ruso ya en 1898 y en español solo en 1984. Una consideración más amplia de esta escritura debería atender quizá también a los diarios de la parte española: algunos ejemplos (si bien, a pesar de su título, suelen presentarse como memorias retrospectivas) son Ricardo Burguete (1871?-1937): *La guerra: Cuba (diario de un testigo)* (1895-1896, publ. 1902); Antonio del Rosal y Vázquez de Mondragón (1846?-1907?): *En la manigua. Diario de mi cautiverio* (1875, publ. 1876). Para mayores precisiones, conviene ver el trabajo de Ochan-do Aymerich (1998: 57-60).

Ríos (9-4-1895 a 17-5-1895). Esas dos partes difieren en tema (crónica de viaje y crónica de guerra) y estilo (más elaborado y descriptivo en la primera; más sincopado e informativo en la segunda). La versión conocida plantea problemas de transcripción, por el orden alterado de las páginas en la primera parte y por la ilegibilidad de algunos pasajes en la segunda. Parece, además, que el diario recibió una revisión:

Martí realizó una doble escritura. Es decir, primero escribió a lápiz, y –luego seguramente al releer críticamente– escribió encima, con pluma, precisando, tachando frases, estableciendo cambios, creando, en ocasiones, una especie de escritura paralela. Esto es algo que otros investigadores han atribuido a preocupaciones de estilo. Lo cual es cierto [...] [en Martí, 1996: 8].

A pesar de esas preocupaciones estilísticas –connaturales a la escritura martiana– no suele haber en el diario lugar para la expresión de emociones personales. Son muy pocas, y por lo general elusivas, las reflexiones íntimas. En alguna ocasión, incluso, Martí hace explícita su voluntad de contener cualquier impulso de ese tipo en la escritura del diario:

El verso caliente me salta de la pluma. Lo que refreno, desborda. Habla todo en mí, lo que no quiero hablar –ni de patria, ni de mujer. A la patria ¡más que palabras! De mujer, o alabanza o silencio. La vileza de nuestra mujer nos duele más, y humilla más, y punza más, que la de nuestro hombre [8/4/1895].

Según los editores, en ese pasaje Martí estaría aludiendo a la traición de su mujer, Carmen Zayas-

Bazán, de la que ya estaba separado, y que decidió apoyar a los españoles.²¹

Si no hay demasiado espacio para los sentimientos en el diario, tampoco lo hay para la literatura, igual que ocurría –físicamente– en el equipaje del soldado. Por eso, en el texto y en el bolsillo, conviven emblemáticamente la lectura y las armas: «Me meto la *Vida de Cicerón* en el bolsillo en que llevo 50 cápsulas» (17/4/1895). A veces, no obstante, encuentra Martí –y lo anota– libros que reflejan el mundo que su proyecto revolucionario pretende transformar:

Hallo en un montón de libros olvidados bajo una consola, uno que yo no conocía: *Les Mères Chrétiennes des Contemporains Illustres*. [...] El índice, más que del libro, lo es de la sociedad, ya hueca, que se acaba: «Las altas esferas de la sociedad – El mundo de las letras – El clero – Las carreras liberales» [3/3/1895].

A pesar de la constancia en la escritura diarística, que Martí practica incluso en las más difíciles circunstancias, en una carta contemporánea de la expedición libertadora se manifiesta explícitamente en contra de los diarios, ya que pueden perjudicar

21 Ese motivo de la traición parece ser uno de los que más afectó la sensibilidad del Martí diarista, pues lo había desarrollado algo más al recordar la defección del patrón de la goleta que llevaba a los rebeldes a Jamaica: «La ingratitud es un pozo sin fondo –y como la poca agua, que aviva los incendios, es la generosidad con que se intenta corregirla. No hay para un hombre peor injuria que la virtud que él no posee. El ignorante pretencioso es como el cobarde, que para disimular su miedo da voces en la sombra. La indulgencia es la señal más segura de la superioridad. La autoridad ejercitada sin causa ni objeto denuncia en quien la prodiga falta de autoridad verdadera» (3/4/1895).

la realización del proyecto. Al poco de iniciar la singladura hacia Cuba desde Cabo Haitiano, el 10/4/1895, le escribe a Carmen Miyares en Nueva York:

[...] ni antes ni después de nuestra llegada a Cuba debo dejar escrito, ni se ha de divulgar, detalle alguno que indique las vías diversas que hemos recorrido. Así lo mandan a la vez la honradez y la discreción. El alarde de lo hecho puede cerrar el camino a lo que se pueda volver a hacer. No encontrarán, por supuesto, ni lo habrán de buscar, detalles de persona, ni de mis actos o los de los demás. Si míos, por míos los callo. Si ajenos, son ajenos, y sólo pudiera contarlos si los pudiese celebrar, o si el relato sincero no me obligase a la vez a la celebración, que me es grata, y a la censura, que me es odiosa, y de que se aprovecha luego la curiosidad maligna. En tiempos más serenos, podría ser, para servir luego a la explicación de los hechos públicos, casi siempre determinados, o torcidos, por la bondad o maldad de los caracteres personales. Hoy no fuera posible, sin saber a dónde va lo que se escribe, ni si se pierde en el viaje. Y luego, *un diario suele ser un espía*, y una alevosa anotación de las personas en cuya intimidad vivimos [...] [Martí, 1996: 368].

El pasaje es interesantísimo porque expone claramente las virtudes de la escritura diarística en un contexto de conflicto: por un lado, puede ser testimonio capital para un tiempo futuro en el que haya que clarificar los sucesos; pero también, en el presente de los hechos, la escritura del diario puede ser peligrosa, por revelar lo que, por el momento, debe permanecer oculto. Y, sin embargo, Martí contravino su propia norma y dejó textos que, además de ser testimonio capital del proceso histórico en que se vio involucrado, han servido para cono-

cer rasgos fundamentales de su personalidad de «hombre en guerra».

La muerte puso fin a ese diario y se alzó como horizonte de su lectura. Dadas las circunstancias de esa muerte (como en el caso del Che, según ya he recordado), el suceso cobra carácter de «sacrificio» y termina repercutiendo sobre el texto al que pone fin. Pero no hay que olvidar que no era ese el horizonte de la escritura, o solo hipotéticamente. En Martí (como en el Che), la escritura del diario se impuso en tiempos de guerra, incluso contra sus propias prevenciones, porque era una práctica sostenida desde mucho tiempo antes. Al parecer, existió también un diario –cuyo paradero se ignora– escrito por Martí desde la salida de Nueva York (31-1-1895) hasta la llegada a Haití (Montecristi). Se conservan, por otra parte, muchos cuadernos de apuntes de entre 1871 y 1894 (algunos fechados) que son imprescindibles para comprender la escritura diarística del autor y aun la configuración temprana del género en Hispanoamérica.²²

Para darse cuenta de ello es preciso atender a las reflexiones sobre la escritura que allí se contienen, mucho más que a las puramente referenciales. Del magma textual que constituyen los veintidós cuadernos de apuntes conservados²³ emergen algunos

22 A pesar de la solicitud que Martí dirigió a Gonzalo de Quesada en la carta en la que le pedía que se ocupara de sus papeles en caso de fallecer durante la aventura independentista: «Ni ordene los papeles, ni saque de ellos literaturas, todo eso está muerto, y no hay ahí nada digno de publicación, en prosa ni en verso; son meras notas» (Martí, 1965: VII).

23 Proyectos, reflexiones, aforismos, bocetos de poemas, de cartas, comentarios de lecturas, resúmenes de filosofía, de geografía, de gramática, traducciones, notas sobre métrica, sobre léxico, sobre historia literaria y cuestiones de estética, apuntes sobre el hijo, etc. Las anotaciones aparecen en varios idiomas (español,

que ayudan a entender cómo concebía Martí la escritura de lo privado. Si en el primero de esos cuadernos (hacia 1871) había consignado, por ejemplo, que «hablar de sí mismo es tarea estúpida y enojosa» (Martí, 1965: 18), en el segundo, sin embargo, ya esbozaba un proyecto de libro basado en la exploración de la intimidad.²⁴

Para un libro: YO. Yo tengo algo confusas mis ideas sobre mis propios sentimientos. A veces, me confieso que soy bueno. A veces, me golpeo con ira y me exaspero porque creo que brotan de mí malvados o egoístas pensamientos. Es preciso que yo, puesto en mí, me vea por mí a mí mismo. Que me analice yo en quien soy: que yo me sepa a mí: que sobre la convicción de la absoluta independencia, con mi voluntad de mi naturaleza valerosa o débil, funde yo mi propio conocimiento, rompa yo toda otra idea de vanidad o de egoísmo. Yo creo en la divinidad de mi esencia, toco y miro y creo en la miserabilidad de mi existencia.²⁵ - Y sin embargo a veces, involuntariamente, como que transijo con mi miserabilidad. ¿Qué soy yo? Una absoluta convicción. Lo que yo soy no me lo debo a mí mismo. Yo

francés, inglés, italiano, hebreo, latín y griego) y, según los editores, con una letra difícil de descifrar.

24 Un proyecto que quizá pueda relacionarse con el «plan de vida» trazado por Gómez en su propio diario, según dije antes.

25 Esta observación me parece que puede relacionarse con otra que Lezama anota en su diario: «La recurrida frase de Valéry, en la que se alude a que se encuentra situado *entre el vacío y el suceso puro*, está inspirada en las siguientes frases de las *Meditaciones filosóficas* de Descartes: “y me veo como en un término medio entre Dios y la nada, esto es, colocado de tal suerte entre el ser supremo y el no ser”» (12/11/1939, p. 22).

no nací por mi voluntad. Yo no me di lo que en mí vale. Lo que hay en mí, sólo es mío, en cuanto temporalmente es ello en mí. Soy lo que soy, sin que yo sea responsable de un espíritu que no puedo elegir; sin que yo pueda vanagloriarme de un alma que yo no creé. Ahora escribo... [Martí, 1965: 68-69].

Años después, hacia 1881, en el cuaderno 7, se preguntaba algo que afectaría claramente a su prosa, y que podría aplicarse a la práctica del diario, en una especie de plagio «por anticipación» de alguna famosísima opinión borgiana: «¿Por qué en vez de diluir las ideas en largos artículos, no han de sintetizarse, a modo de odas, en prosa, cuando son ideas madres —en párrafos cortos, sólidos y brillantes?» (Martí, 1965: 211). Y en el cuaderno 9, hacia 1882, ya se planteaba abiertamente los límites de la escritura diarística:

El escritor diario no puede pretender ser sublime. Semejante pujo para en extravagancia. Lo sublime es la esencia de la vida: la montaña remata en pico: lo sublime es como pico de montaña. Es como quien quisiera andar a pasos naturales por sobre picos de montaña. Cae en el abismo. Los empedrados no son de cúspides, sino de pedrezuelas. Esa perpetua actitud queda para los que son dueños de sí mismos, y pueden esperar la hora de la inspiración, en que el cuerpo se agiganta, y se hincha la vela de la vida, como vela de barco, a vientos desconocidos, y se anda naturalmente a paso de monte, y se es por un instante como co-rey de la Naturaleza.- Para el que no es dueño de sí, y no puede esperar la hora, ha de aprovecharla, si le sorprende, pero no ha de forzarla. — Que la inspiración es dama, que huye de quien la busca; el escritor diario, que puede ser

sublime a las veces, ha de contentarse con ser agradable [Martí, 1965: 254].

Desde luego, es muy posible que Martí con la expresión «escritor diario» se refiriese aquí al «periodista». Y, sin embargo, resulta tentador –e interesante– leer el párrafo como reflexión sobre un tipo de escritura que estaba él practicando entonces, sin darle aparentemente mayor importancia, pero que años después le acompañaría en su etapa decisiva.

Los diarios de Martí constituyen, entonces, la síntesis y culminación de lo que el género había dado en Cuba –y en casi toda Hispanoamérica– a lo largo del siglo xix: diario de guerra, que testimonia sobre un mundo en transformación violenta, y, con el mismo gesto, interviene en esa realidad. En eso, prolonga y matiza enormemente muchas de las implicaciones de aquel ya remoto –y para entonces inédito– *Diario del rancheador*, por lo que tenía de escritura con valor pragmático e ideológico, en la que confluyen –sin fundirse todavía y en una situación histórica *dependiente*– el sujeto intelectual (Villaverde) y el sujeto en guerra (Estévez).

El de Martí también es «diario de viaje», en tanto deja huella de un periplo y un itinerario precisos. Se abre así (como también había ocurrido en la prehistoria del género: Colón, Miranda y, más cerca, Heredia) hacia otros géneros afines, como el epistolar; pero, justamente, por ser diario de guerra, el desplazamiento que refleja debe permanecer oculto. Martí hace dialogar explícitamente al género epistolar con el diarístico, según se ha visto, al incluir en sus cartas advertencias sobre lo desaconsejable de la escritura privada, que más parecen tener la intención de distraer toda sospecha ajena acerca de la posibilidad de que él mismo la estuviera practicando.

Y, sin embargo, en esas particulares circunstancias casi clandestinas, el género de lo íntimo va fra-

guando en Cuba, en torno a unos cuantos textos capitales: diarios de campaña de sujetos más o menos privilegiados, que reiteran una demanda política común, la independencia. El diario de Martí debe contextualizarse en ese marco que definen diarios como el de Máximo Gómez, que a su vez remite al de Céspedes y este aún al de Aguilera. Todos ellos son, como digo, muestras privilegiadas de una «literatura de campaña» ciertamente más amplia.

Se hace evidente, entonces, que el «sujeto privado» cubano va naciendo, entonces, a la par que la identidad nacional. O así lo reflejan, al menos, los textos conservados, que –no se olvide– pueden haber merecido esa conservación y publicación justamente por provenir de *plumas marcadas*. Pero, sin duda, si esos textos existen, es porque había una práctica extendida de la escritura privada que no hizo sino aquilatarse en un momento crucial, como he intentado mostrar atendiendo a la existencia de una escritura de lo privado en Martí que había precedido al diario más conocido.

La singular historia de Cuba independiente hará que este proceso se intensifique a todo lo largo del siglo xx. El diario de Martí funciona como un eslabón central en esta tradición y encontrará una resonancia privilegiada en el extenso y complejo *corpus* diarístico del Che Guevara, que aquí no cabe analizar.²⁶ Al escribir sus diarios, los dos autores supeditan la expresión de la intimidad –que no desaparece del todo– a una acción revolucionaria en la que están dispuestos a dejar la vida. De esa tensión surge –para muchos de sus lectores– la imagen de un sujeto «único» que alcanzará los rasgos del mito. Tanto en los diarios del «Apóstol», como

26 Me ocupo del desarrollo de la escritura diarística cubana en el siglo xx, con atención privilegiada a la del Che en Mesa Gancedo (2013).

en los del «Guerrillero Heroico» una identidad personal muy claramente definida busca aquilatarse en guerra contra el mundo. Solo la muerte, en uno y otro caso, interrumpe –ya que no termina– un proceso que, no obstante, ha dejado una profusa huella datada, que todavía requiere numerosas lecturas.

Bibliografía

- Aguilera, Francisco Vicente: *Diario y correspondencia de Francisco Vicente Aguilera en la emigración (Estados Unidos) 1871-1872*, ed. Onoria Céspedes Argote, La Habana, Ciencias Sociales, 2 vols., 2008.
- Céspedes, Carlos Manuel de: «Fragmentos del diario del presidente Céspedes – 1872», en *Cartas de Carlos M. de Céspedes a su esposa Ana de Quesada*, La Habana, Comisión Nacional de la Academia de Ciencias de la República de Cuba, Instituto de Historia, 1964, pp. 219-257.
- : *Escritos. Vol III*, ed. Fernando Portuondo del Prado y Hortensia Pichardo Viñals, La Habana, Ciencias Sociales, 1982.
- : *El diario perdido*, ed. Eusebio Leal Spengler, La Habana, Ciencias Sociales, 1994.
- Colón, Cristóbal: *Diario. Relaciones de viajes*, Madrid, Sarpe, 1986.
- Gómez de Avellaneda, Gertrudis: *Diario de amor. Obra inédita (1839-1854)*, ed. Alberto Ghirardo, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, edición digital basada en la de Madrid, Aguilar, 1901 (2000).
- Gómez, Máximo: *Diario de campaña del Mayor General Máximo Gómez*, La Habana, Comisión del Archivo de Máximo Gómez, 1941.
- Heredia, José María: «Diario de viaje a los EE.UU.», en *Epistolario de José María Heredia*, ed. Ángel Augier, La Habana, Letras Cubanas, 2005, pp. 140-161.
- Maceo, Antonio [Miró Argenter, José]: *Diarios de campaña*, ed. Aisnara Perera Díaz, La Habana, Ciencias Sociales, 2001.
- Martí, José: *Cuadernos de apuntes. Obras completas, vol. XXI*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1965.
- : *Diarios de campaña*, eds. Mayra Beatriz Martínez y Froilán Escobar, La Habana, Casa Editora Abril, 1996.
- Mesa Gancedo, Daniel: «Transmigrafía, intimidad y conflicto en la escritura diarística cubana del siglo xx», en *Diálogos culturales en la literatura iberoamericana. Actas del XXXIX Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana (IILI)*, ed. Concepción Reverte Bernal, Madrid, Verbum, 2013, pp. 1544-1558.
- Ochando Aymerich, Carmen: *La memoria en el espejo: aproximación a la escritura testimonial*, Barcelona, Anthropos, 1998, pp. 57-60.
- Platonovich Streltsov, Piotr: *Diario de un mambí ruso*, eds. Ángel García y Piotr Mironchuk, La Habana, Ciencias Sociales, 1984.
- Valdés, María Elena de: «Women Writing in Non-traditional Genres», en *Literary Cultures of Latin America: A Comparative History*, eds. Mario J. Valdés y Djelal Kadir, Nueva York, Oxford University Press, vol. 1, 2004, pp. 315-327.
- Villaverde, Cirilo [Francisco Estévez]: *Diario del rancheador Francisco Estévez*, ed. Roberto Friol, La Habana, Letras Cubanas, 1982. 